

LIBROS

El buen salvaje
va al Oeste**CRÍTICA** Este western relata cómo un hombre aprende a sobrevivir en soledad

SERGI SÁNCHEZ

Se pregunta Hernán Díaz contra qué novelas escribió Cormac McCarthy su célebre y violento *Meridiano de sangre*. Concluye que, probablemente, su modelo a combatir era John Ford. Mientras leía *A lo lejos*, este crítico no pensaba en el director de *Centauros del desierto* sino en una versión de *Las aventuras de Jeremiah Johnson* dirigida por Werner Herzog, o en *El renacido* sin la ampulosidad de González Iñárritu.

Sí, la novela reacciona al western como código ético de la conquista épica de un territorio porque aquí de lo que se trata es de rendir cuentas de la epopeya individual de un hombre, Hakan, que, trazando un mapa del reencuentro (con su hermano Linus,

al que perdió antes de llegar a América desde Suecia: la familia como piedra filosofal de la tierra prometida), acaba por aprender a sobrevivir en soledad, como un animal triste o un tipo tímido. El suyo es un viaje odiseico, en la mejor tradición de la novela de aventuras, pero, como en los westerns de los 70, la mítica de la conquista pasa por el filtro de la realidad más cruda.

A Díaz le importa poco la Historia en la medida que el drama de su personaje se forja desde la fuerza de un paisaje que el lector tiene grabado a fuego. Las alusiones históricas son casi inexistentes, porque lo que importa es la realidad que atraviesa a Hakan como una daga, y le convierte en un gigante herido, aún enfrecido por la ambición del



► Una imagen de la película 'Las aventuras de Jeremiah Johnson'.

oro, después de haber sido violentado, de ser esclavo sexual, de perder todas sus posesiones en un desierto de pesadilla, de paladear la ternura de la compañía aunque sea brevemente, de acabar en una madriguera como un topo hambriento, y de crecer y crecer al superar todas las pruebas que la ficción ha colocado en su camino. Hakan no sabe nada

de Historia, ignora el significado de muchas palabras, es el buen salvaje lanzado a la arena del mundo. Díaz logra que compartamos el punto de vista de Hakan con inusitada elegancia: como él, no sabemos cuánto tiempo ha invertido en su viaje por América, y tampoco conocemos los nombres de las praderas y las montañas que ha cruzado. No

hay espacio ni tiempo en esta novela que se dibuja a sí misma como un círculo imperfecto, como una corona de espinas.

Hay una ingenuidad conmovedora en Hakan, que reside en la delicada construcción de una voz que Díaz trabaja desde el estilo indirecto libre más puro. Sorprende la madurez de la técnica en un debutante, porque la transparencia manda en el trato de la inocencia con que Hakan se enfrenta a un universo que nos brinda imágenes hipnóticas —ese caballo que muere relleno de arena— y que le ofrece un único propósito, que se transforma, en cierto modo, en su particular *Moby Dick*: ese hermano perdido en el limbo de los tiempos con el que sueña encontrarse, esa vuelta a los orígenes que le hará sentir que su vía crucis ha significado algo más que ese viaje al Oeste convertido en quimera por todos aquellos que llegaron al Nuevo Mundo creyendo que lo conquistarían.

► A LO LEJOS / A L'HORIZTÓ

Hernán Díaz

Impedimenta /

Periscopi

Trad. Jon Bilbao /

Josefina Caball

352 / 336 págs.

22,76 / 19,90 €

Empezar
a ser lo
que uno es**CRÍTICA** Vicente Valero evoca su infancia y la de su generación

DOMINGO RÓDENAS

El libro de recuerdos infantiles plantea un desafío: la mucha importancia que para el autor puede entrañar ese buceo en su primera memoria suele ser proporcionalmente inversa al interés del lector. Es natural que la brumosa niñez del descubrimiento del mundo constituya, como dijo Rilke, la patria verdadera del autor, a la que se complace en regresar, pero no lo será un poco también de sus lectores si el escritor no lleva el círculo de la recreación egocéntrica a categoría general.

Vicente Valero ha encontrado en el gesto retrospectivo una estrategia de escritura generacional con la que ha resuelto con creces ese desafío. Le funcionó bien en *Las transiciones* (2016) y, con otro enfoque, le vuelve a

funcionar en estos *Enfermos antiguos*, que se remontan hacia los primeros 70, sin salir del escenario de una vida ibicenca de aire provinciano, aún no invadida por el turismo. Por fortuna, Valero no se limita a enhebrar aleatoriamente recuerdos dispersos sino que ha escogido una actividad social concreta, la de visitar a los enfermos, como hilo conductor. En él ensarta sucesivas visitas (con su abuela, con su madre) a enfermos de toda laya, leves o graves, animosos o taciturnos, que son a menudo el centro de toda una reunión social.

Con sutil humor, Valero recorre la sarta de visitas a esos enfermos de su niñez como una práctica no tanto de caridad como de sociabilidad antigua y, al mismo tiempo, en el reverso de su relato, da a entender cómo su primera vocación de médico se fue debilitando hasta ser sustituida por la de los libros y la escritura. Valero cuenta de manera elíptica como empezó a ser quien es y, puesto que vence en el desafío también cómo quienes nacimos en los 60 empezamos a ser quienes somos. ≡

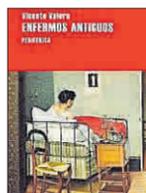
► ENFERMOS
ANTIGUOS

Vicente Valero

Periférica

144 págs

14,75 €



hotel cadogan

OLGA MERINO

Conan Doyle y las médiums

A noche se escucharon golpecitos en la repisa de la chimenea, en el *mantelpiece* —¿habrá palabra más novelera y victoriana?— de la habitación 118, la misma donde arrestaron a Oscar Wilde. Toc, toc, toc, unos toques secos, de escalofrío, que sobresaltaron hasta al último huésped del hotel, y todo porque a las chicas de la lavandería, incautas ellas, se les ocurrió entretenerse jugando a la güija con la intención de invocar no el espíritu de Tío Oscar, sino el de Arthur Conan Doyle. Al final, con la tontería, las chicas lo consiguieron: apareció el padre de Sherlock Holmes, se arrellanó en una butaca de terciopelo rojo y se pidió una copa de clarete; venía muy contento del más allá. En el Cadogan ocurre lo impensable.

Hacia 1886 Conan Doyle ya había comenzado a interesarse por el espiritualismo; es decir, en la vida después de la muerte, una creencia que reforzó tras el fallecimiento de su hijo Kingsley al resultar herido en la batalla del Somme, en 1918. De la setenta de libros que escribió,

al menos 20 están dedicados a esta doctrina. Sí, el creador de un criatura detectivesca devota del método, la observación empírica y la deducción, estaba persuadido de que las médiums podían contactar con los finados, y trató de llevarse al mago Houdini a su huerto. Al fallecer la madre del gran ilusionista,

Conan Doyle le organizó a medida una *séance* que resultó un descalabro: la difunta habló en inglés con la médium (la segunda esposa de Doyle, Jean), quien en su trance relleno 15 páginas de escritura automática. Houdini, el rey del escapismo, montó en cólera porque su madre, nacida en Budapest, no sabía ni una palabra en el idioma de Shakespeare, y se consagró a una batalla encarnizada contra la impostura espiritual.

Conan Doyle no cejó en el empeño. En 1923 escribió a la médium irlandesa Hester Dowden pidiéndole que le diera recuerdos a Oscar Wilde, con quien había mantenido una relación cordial y de respeto desde que los presentó un editor. La mujer aseguraba haber mantenido varias conversaciones con el espíritu del dramaturgo plagadas de frases ingeniosas, del tipo «estar muerto es lo más aburrido que puede ocurrirle a uno, con la excepción del matrimonio». Hacia el final de sus días, el pobre *sir* Arthur se había ganado fama de crédulo; un gigantón con alma de niño, decían. ≡



El padre de Sherlock Holmes, persuadido de que había **vida después de la muerte**, quiso seducir a Houdini